

Una rubia en Manhattan

Antes, hace 15 o más años, había una editorial francesa de auténtico prestigio literario, La Serpiente con Plumas. Ahora aparece la editora, todavía joven y bella, y me entrega un libro reciente del mismo sello: *Una rubia en Manhattan*. Es el texto de un periodista conocido, especialista en cine asiático, sobre Marilyn Monroe y su encuentro en la década de los cincuenta, en Nueva York, con un fotógrafo que la descubrió, que la entendió y que la hizo vivir en un conjunto extraordinario de fotografías.

Ya casi no publicamos literatura, me dice la editora y directora de colección, sonriente, y le contesto que un buen retrato al natural, desde distancia corta,



JORGE EDWARDS

Me pregunto si la literatura tiende a desaparecer o si solo pasamos por un momento malo

sin tratar de engañar al lector, de Marilyn, puede llegar a las más altas categorías de lo literario. Pues bien, replica ella, espero que se venda, y mira el objeto que acaba de publicar con una mezcla de cariño y angustia. Si no se vende, parece decir, mi carrera se termina aquí mismo.

Yo leo el libro desde la mitad para adelante. Comprendo que pierdo algo, pero no me parece que sea demasiado. No podría leer *Madame Bovary*, de Flaubert, de la misma manera, ni *Crimen y castigo*. La historia de la rubia en Manhattan, en cambio, me parece más parcelable, barajable, divisible. Y la verdad es que llego hasta la última línea en un par de horas. Al día siguiente guardo el recuerdo con-

fuso de una serie de borracheras, de viajes precipitados, de películas fracasadas, de anfetaminas e insomnios. ¡Pobre Marilyn!, me digo, y pienso que es bastante más simpática que Emma Bovary, igual de trágica y un poco más divertida, pero que el talento de Flaubert no se divisa por ningún lado.

El modelo del libro, Marilyn, es muy superior a su escritura, y en la novela flaubertiana sucede exactamente al revés. Me pregunto, entonces, si la literatura tiende a desaparecer, o si solo pasamos por un momento malo. Alguien, entretanto, me confiesa que siente pasión por la actual literatura de India, que la sigue de cerca, que devora los libros de un grupo de autores cuyos nom-

bres me suenan vagamente, y me dan ganas de recomendarles a los jóvenes que se vayan a Bombay, a Nueva Delhi. ¡Que no pierdan su tiempo! El genio de lo literario sopla donde menos se piensa, y ¿por qué no escribir una novela sobre Marilyn, un texto anclado entre la ficción y la biografía, un engendro como se hacen muchos ahora, y tratar de escribirlo con la maestría de Gustave Flaubert, aunque se quede lejos del objetivo?

Todo lo anterior es una digresión, y compruebo que se ha comido la mitad de mi espacio.

Porque estaba ocupado en estos días de otro personaje femenino, rubio, también, pero mucho menor en años: *Alicia en el País*

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Presidente, baje a la plaza

El presidente dirige la acción del Gobierno, y este la política interior y exterior, la Administración civil y militar y la defensa del Estado, de acuerdo con las leyes y la Constitución Española (artículos 97 y 98). Es decir, es el máximo responsable de la política formal. No es el único, pero sí es su deber ser el primero en reaccionar. Es una cuestión ejecutiva y, también, moral.

La manifestación del pasado domingo, y las concentraciones-acampadas que se han sucedido posteriormente, son un reto para la política y para todos los partidos. Es lógico, pues, que el presidente responda, ya que es la primera autoridad política (sea cual sea su partido, su nivel de popularidad o su protagonismo electoral). Y esto es, fundamentalmente, lo que está en juego: la autoridad concebida como legitimidad social, no como poder orgánico o institucional.

El malestar viene de lejos. Hace años que diferentes instituciones —responsables de medir el estado de ánimo, la opinión o la valoración que hace la ciudadanía sobre los temas públicos— nos alertan de una realidad inexorable: tres de cada cuatro ciudadanos tienen una opinión negativa, o muy negativa, de los partidos y de los políticos. Ha sido una lluvia fina, imperceptible para los burócratas de la política del *press clipping*, que ha calado hasta los huesos de la sociedad, especialmente de la más desprotegida, vulnerable o frágil.

Los grandes partidos se siguen organizando con las viejas lógicas del centralismo democrático y la jerarquía vertical. Son partidos leninistas, sean de derechas o de izquierdas. Ocupados en el poder —en mantenerlo, en obtenerlo— han renunciado, demasiadas veces, a la legitimidad de las ideas. Justo lo contrario en lo que se sustenta el poder de las redes.



ANTONI GUTIÉRREZ-RUBÍ

Los políticos sensatos deben dar un paso al frente y mojarse. No pedir votos, sino escuchar a la gente

Los más cínicos piensan que la tormenta de estos días por sí sola amainará. Otros, impúdicos, intentan sacar tajada electoral. Y los sensatos y lúcidos deberían dar un paso al frente y mojarse. Todos creen que el tiempo les ayudará. Justo lo que no tienen: tiempo que perder.

Presidente, baje a la plaza. Sí, baje, porque desde aquí abajo una inmensa mayoría de la ciudadanía percibe así al poder político: por encima, alejado, distante... Ya no hay margen para los cálculos. No debería preocuparle su imagen o su reputación. Tampoco está en riesgo la democracia. España no es Egipto, ni Libia, ni Irán. No se cuestiona o vulnera la ley electoral, digan lo que digan las autoridades competentes. Están en juego los valores de la política, su esencia, que es otra cosa.

Hoy le toca a usted respon-

der. A los partidos políticos, a partir del 22-M, les tocará sacar conclusiones electorales, pero también dar respuestas políticas al desafío que supone esta reacción cívica de hartazgo.

No se puede pedir paciencia a la ciudadanía. Más paciencia. No es la ciudadanía que está en las plazas, o los millones de personas que simpatizan con ella desde sus casas, quienes deben hacer propuestas.

No es aceptable pedirles que se organicen, prioricen sus demandas, sean razonables y otorguen nuevos créditos reputacionales. La respuesta debe venir, urgentemente, de la política formal. El reto es otra política. El riesgo, la antipolítica o la despolitización.

Presidente, hoy viernes se reúne el Consejo de Ministros. La gente espera soluciones y medidas, sí.

Pero también gestos que re-

conozcan, como primer paso, como primera penitencia, que la arrogancia es la peor de las virtudes públicas.

A usted no le falta coraje, acierto o no, en sus medidas. Tampoco sensibilidad e intuición. La tentación de tratar esta realidad política como una cuestión de orden público, parece superada. Incluso ha manifestado, como líder de uno de los partidos más importantes, que "hay que escuchar, hay que ser sensibles". Pero los jóvenes no quieren solo palabras, quieren gestos auténticos y compromisos reales. No les pida el voto, ofrezca su tiempo. Es lo primero.

Si decide ir, no pregunte con quién debe hablar. Converse con la primera persona que se encuentre. No necesita interlocutores. Los ciudadanos quieren que escuche. No prometa nada, pero atienda, encaje y aguante, como máxima autoridad política, el chaparrón que le toque.

Es su deber, aunque no le convenga o le digan que no es sensato en campaña electoral. Esta es la cuestión: sustituir la actual política, claudicante ante el caos financiero e insuficiente a los estragos de la crisis, por otra política relevante, valiente y más cercana.

El 14 de marzo de 2004 saludaba usted a miles de jóvenes, parecidos a los que hoy se manifiestan y que le coreaban: "no nos falles". La historia dirá si les falló o no. Pero sería imperdonable que ahora no les escuchara. En la plaza. En su terreno, con sus reglas, con sus condiciones. No le esperan, pero vaya. No es humillación, es humildad. Un primer gesto para empezar una conversación honesta. Quizás no tenga recompensa, pero vale la pena.

Se lo debe a ellos y a los valores esenciales de la política.

Antoni Gutiérrez-Rubí es asesor de comunicación y autor del libro *Filopolítica*.

FORGES

